

didó cooperar á la formación de este cuerpo adamítico, porque no es de creer ni verosímil que Adán pasase por los grados de animal imperfecto á más perfecto antes de llegar al ser de hombre. Esta es la sentencia del Padre Suárez.

De cuyas palabras, tan perentorias y decisivas, han querido algunos escritores sacar triunfante la opinión de que pudo Adán haber provenido del feto de algún mono, que con tener de mono el alma y de hombre sólo el cuerpo, recibiese un día alma espiritual y quedase hecho un Adán entero y verdadero: ó si no, que siendo mono crecido y acabado, diese el divino poder en un pensamiento á esa bestezuela el ser de hombre, expelida el alma bruta y entrando á informarle el alma racional. Esta exposición, que multiplica los milagros sin necesidad, estaría en manifiesta lucha con las palabras de Suárez, y aun se compondría mal con la extrema sentencia que él no otorga sino á duras penas. Los ángeles, en la doctrina de los teólogos, no tienen más poder físico que el de causar movimientos locales, en cuyo ministerio le son á Dios instrumentos de sus designios: toda otra intervención en la fábrica de los cuerpos se les niega por la Teología. Acudan á la acción de los ángeles aquellos escritores que no ven en los organismos más espectáculos que vaivenes de átomos y mutaciones de fuerzas físico-químicas; invoquen ellos el poderío de los ángeles y su voluntad locomotriz para explicar el origen de los cuerpos organizados; pero no blasonen de andar á la huella de santo Tomás, ni de los grandes teólogos:

despedazar la doctrina de aquellos varones sapientísimos y ampararse con parte de ella, desechando la principal, y luego preciarse de reverenciar el resplandor de sus luces, es mentir muy á las claras el respeto que se les debe.

Poniendo fin á esta materia, la excelencia del reino espiritual sobresale ante todos los demás órdenes de seres. En los escuadrones de lucidísimas jerarquías resplandece la imagen perfecta de la simplicidad y pureza de la divinidad. «La creación de purísimas inteligencias, dice Hettinger, según el concepto que de la creación debemos hacer, parece más conforme á los pensamientos de Dios, que la de los seres materiales. Porque si Dios hubiera ceñido su poder á producir el espíritu del hombre, sin crear otros más perfectos, no hallaríamos en todo el universo una imagen que representase al propio la naturaleza y vida divina; por cuanto el alma humana metida y atollada en la materia y comunicando con el mundo de los cuerpos, trabajosamente puede despedirse de su vida sensitiva y echar de sí las representaciones mudables y volitarias que la tienen apiolada y la impiden volar á la alteza de la idea eterna y universal.» Este hermoso pensamiento, que es de santo Tomás¹, le desenvuelve diestramente el docto Raimundo Sabunde en su *Teología natural*², y de él trata también el P. Suárez³, según la riqueza de su poderoso ingenio.

¹ *Apol. de Christ.*, t. III, chap. III.

² I p. q. I, a. 1; *Contra Gentes.*, l. II, cap. xci.

³ Cap. cccviii.

⁴ *Metaphys.*, II, disp. xxxv.



CAPÍTULO XLIX.

EL PARAÍSO TERRENAL.

«Plantaverat autem Dominus Deus Paradisum voluptatis a principio.» (II, 8.)

ARTÍCULO I.

Constante tradición del Edén en los pueblos más antiguos. — Opinión común de las naciones acerca del árbol del paraíso y de la vida de los primeros hombres. — De dónde dimanaron estas creencias. — Vocería de los modernos racionalistas contra aquel estado feliz.

HABÍA Dios plantado un paraíso de deleites desde el principio, y en él puso al hombre que había formado. Y produjo de la tierra toda suerte de árboles agradables á la vista y sabrosos al paladar: en medio del paraíso el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal: un río salía del lugar de delicias, para regar el paraíso; el cual se divide en cuatro cabezas, el uno se llama Phison, que cerca la tierra de Hevilath, donde se cría el oro y es preciosísimo; y también se descubre allí el hdelio y la piedra cornerina. El nombre del segundo río es Gehon, que hace sus vueltas por toda la tierra de Etiopía. Llámase el tercero Tigris, que entra en la Asiria; el cuarto es el Eufrates. Tomó, pues, Dios al hombre, y púsole en el paraíso de deleites para que le labrase y guardase. Y le intimó precepto, diciendo: De todo árbol del paraíso podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas: el día que comieres de él, mori-

rás seguramente. — Hasta aquí el Génesis¹.

El paraíso terrenal, como lugar lleno de regalo y maravillas, ha quedado grabado en la memoria de los pueblos más antiguos. Los indios no señalan al paraíso sitio determinado, considerándole sito al septentrión hacia el Occidente, en aquella parte de donde sus antepasados llegaron al Indostán. Fingen un monte altísimo, resplandeciente, cubierto de oro, poblado de árboles de semilla celestial, regado por arroyos purísimos y amenizado por el melodioso cantar de lindas ave-cillas. Cuatro lagos de leche, mante-ca, suero y aguardiente dan origen á grandes brazos de ríos que riegan los cuatro puntos cardinales. En la cumbre de este monte moran los justos en jardín amenísimo, que tiene plantado en medio el árbol de la inmortalidad. El monte descansa en basamento de oro, de plata, de cobre y de hierro; muévase en derredor el sol, la luna y las estrellas, y cércanle y guárdanle fieros dragones². «Los indios dicen que puso Dios al primer hombre en un jardín de delicias llamado Chorcám, poblado de toda suerte de frutales, entre los que campeaba uno que daba con sus frutos inmortalidad á los que

¹ Cap. II, 8-17.

² LUKES: *Les traditions de l'humanité*, t. I, § v.

lograban gustarlos.» Así el P. Bouchet al obispo de Abrantes¹.

Los antiguos persas colocan su paraíso en el centro de la tierra, y le rodean del sol y la luna; nacen de él cuatro ríos que bañan la tierra, dos al Norte y dos al Mediodía. El árbol de la vida lleva el fruto de que se sustentaban los primeros hombres; el que le gustare no morirá. «El hombre, padre del mundo, fué criado y destinado para el cielo, á condición que fuese humilde de corazón y de puros pensamientos y que no invocase á los *Devis*: perseverando en esta disposición, serían felices el hombre y la mujer. Como Arimán intentase corromper la fruta del árbol de la vida, Hormuz crió diez peces que le rodeasen y defendiesen; uno de ellos rompió la cabeza del sapo que Arimán había puesto á la boca del río que regaba el árbol sagrado².»

No son menos importantes las noticias de los chinos. Sitúan el monte de su paraíso al Noroeste, origen de su antigua casta; y en mitad del monte un huerto regado por un cauce amarillo, por nombre *Fuente de la inmortalidad*, que da vida á los que de ella beben. Esta fuente repártese en cuatro canales que derraman fertilidad por los cuatro vientos, y son los manantiales de la vida espiritual. Por esta causa llaman el jardín camino del cielo; pero la conservación de la vida consiste en el fruto del árbol privilegiado. Esto es lo que consta en las *Memorias chinas* escritas por los misioneros de Pekín. Y en los *Anales de filosofía cristiana*³ leemos lo que sigue: «Los elementos que componen las cosas materiales guardaban inalterable concierto. El hombre, unido á la suprema razón, ejercitaba la justicia sin doblez y con gran regocijo. El cielo le ayudaba, la tierra le sonreía,

los animales le miraban con respeto, y vivían con él en una suerte de amistad: ésta era la morada de los inmortales.»

Vengamos á los griegos, que tienen por paraíso el monte Atlas, escondiendo su cabeza en las nubes y cercado del sol y de la luna. El jardín de las Hespérides, sembrado de árboles milagrosos y cuajado de frutos de oro, está guarnecido de murallas y custodiado por un dragón que defiende la entrada. La Tierra, cuando la diosa Juno casó con Júpiter, la regaló con un ramo de manzanas, y porque las Hespérides habían osado cogérlas, Juno encargó al dragón que nadie las tocara. Junto á este jardín vivían los hiperbóreos, hombres felices, ajenos de discordias, de enfermedades y muerte: llamáronse macrobios por esta causa, y vivían de solos frutos. Allí moraban pacíficamente Apolo y su hermana Artemisa⁴. Ríos de leche, avenidas de néctar, arroyos de miel corrían por aquel felicísimo suelo⁵. Este monte creíanle los griegos rodeado de agua como una isla, situábanle al Oeste, y no al Norte, el Olimpo coronaba la montaña, y era la mansión de los dioses.

Los germanos fingían su paraíso en el centro de la tierra. Moraban los dioses en la habitación de la holganza, ó sea Walhalla, donde se debían juntar con Odín los valerosos guerreros. Allí estaba el campo de Ida, en que los dioses habían pasado la edad de oro. Allí se veía el árbol sagrado, que extendía sus raíces por los tres mundos, de cuyas raíces nacían tres fuentes que regaban el cielo, la tierra de los gigantes y el mundo subterráneo. La serpiente mordiscaba el tronco del árbol, en cuyas ramas descan-

¹ VINGO: *Æneid.*, l. iv.

² DIOD. SIC., III, 54.—PLINIO: *Hist. nat.*, IV, 12.—APOLODORO BIBL., II, 5.—PAUSANIAS, I, 18; V, 7; X, V.

³ OVID.: *Metamorph.*, l. i.

saba el águila, que todo lo rodeaba con su vista.

También los mejicanos imaginaron el paraíso en un monte altísimo, donde residía el espíritu de las aguas, que las derrama por toda la tierra. La pirámide de Cholula, la mayor de Méjico, fué consagrada, según tradición, al primer hombre, Quetzalcoatl, que vió florecer la edad de oro en el país, y había sido llamado al paraíso por Dios Tezcatlipoca para beber el licor de la inmortalidad¹.

Dignos de mención son los egipcios, que han conservado el recuerdo de aquella edad dorada en que los imitadores de Horus vivían vida feliz. Así lo testifican Chabas², Rougé³, Naville⁴ y Lepsius⁵. «Léese, dice Vigouroux, en una inscripción hallada en la isla de Tombos, en la Nubia, lo que sigue: En los tiempos de los dioses, cuando reinaban los seguidores de Horus, el rey Thotmes dió soplo vital á cualquiera que le siguiese, y sus copiosos favores á los que le preparasen el camino⁶.»

Parecidas memorias guardan los restantes pueblos de la tierra; cuanto son más antiguos, más notable es la conformidad que tienen con la narración mosaica. Dos suertes de paraísos pueden distinguirse, aunque confusamente, en estas tradiciones; uno alto y sublime circuido de agua, en cuyo derredor voltean y muestran su acatamiento los planetas y estrellas del cielo, otro plantado en la tierra en una isla afortunada, henchido de felicidad; en el uno moraban los dioses, en el otro vivían los hombres justos; en uno era asiento de la inmortalidad,

apartado de la vista de los mortales, el otro albergue de hombres que gozan de paz ocupados en el trabajo; el uno es paradero de hombres endiosados y bienandanza sin termino, el otro es camino para alcanzar la felicidad y trocarse en morada de la dicha el día en que se remueven las cosas mundanas.

Pero veamos qué opinión echó raíces entre los pueblos antiguos acerca de la vida de los primeros hombres. La más común era que el árbol del paraíso hacía inmortales á los que gustaban la suavidad de sus frutos. Los persas creyeron que el succo de la fruta que había dado inmortalidad á los primeros hombres del mundo, los llamará á vida nueva al fin de los días. Los egipcios representaban el árbol de la vida en los monumentos sepulcrales, como queriendo significar que el árbol divino producía frutos de otra tierra mejor; esto significa la diosa Nut derramando el néctar de la inmortalidad por la copa del árbol, y los pajaritos, que figuran las almas, bebiendo con afán el celeste licor¹. Los caldeos ostentan el árbol de la vida en sus sepulturas, los asirios en sus bajos relieves y los babilonios en sus cilindros, los indios en su poesía, los germanos en sus ritos. En la India central, antes de nuestra era, se daba culto al árbol. Los germanos tuvieron también el suyo, que llamaban Igrásil. El templo de la acrópolis de Atenas fué edificado con intento de custodiar el árbol de Minerva, entregado á la vigilancia de una serpiente.

En fin: los mejicanos pintan el árbol del paraíso semejantemente á una cruz con un pájaro encima, por tan artificiosa manera, que los primeros Misioneros españoles dieron en creer, contemplando este símbolo, que el apóstol santo Tomás había evangeli-

¹ CLAVIERO: *Hist. de Méjico*, II, 13.—HUMBOLDT: *Vue des Ceydlères*, I p.

² *Études sur l'antiq. égypt.*, introd.

³ *Mém. sur les six prem. dynast.*

⁴ *Mythe d'Horus*.

⁵ *Deutscher*, III.

⁶ La Bible, p. 1, l. 1, chap. 1.

¹ VIGOUROUX: *La Bible*, l. 1, chap. II.

¹ *Cartas edificadas*, t. XVIII.

² *Zens-Avesta*, t. 1, p. 2.

³ T. XXVIII, p. 202.

zado aquellas tierras y plantado la en-
seña de nuestra redención; y aun en la
Historia de Clavijero leemos la opi-
ni6n de Sigüenza, que toma á Quetzal-
coatl, figura de Adán, por santo Tomás
Apóstol. Que la vista descubra una
suerte de cruces en figuras de dicho
personaje, no hay duda; sin embar-
go, las razones que hicieron fuerza á
Vetancurt para abrazar la opini6n
de Sigüenza, á Torquemada en su
Monarquía India no le parecieron
probables, ni tampoco las crey6n su-
ficientes ni sólidas el doctísimo P. Her-
vás. Sobre la predicaci6n de santo
Tomás Apóstol, en la Nueva España
y en el Perú, es cosa que espanta la
creencia que reinó durante el siglo xvii,
fomentada por escritores sin critica y
llenos de piadosa voluntad. Decían
que en varias losas había dejado el
santo Apóstol señaladas huellas de su
cuerpo y unas como letras griegas es-
tampadas de mano propia. «Llevar6n-
se los caracteres por todos los con-
ventos, y ninguno supo griego ni he-
breo». Tomó á cargo D. José Eusebio
de Llano Zapata deshacer los signos
y figuras de la piedra principal, pro-
bando ser supuestos los caracteres y
obra de Misioneros españoles. El dili-
gentsimo P. Ricardo Cappa, compe-
tente en esta materia, da por asentada
la evidencia de tan insigne patraña.

Hariase infinito el discurso si hubié-
ramos de trasladar aquí los emblemas
que usaron las gentes para significar
la inocencia y bienaventuranza de los
padres del humano linaje. Todo pue-
blo habla en el caso cual si los proge-
nitores hubiesen vivido en su propia
tierra, y como si no hubiera habido

más mundo en todo lo criado que lo que
divisaban sus ojos; cada tradici6n ve-
nera en los primeros mortales sus pri-
meros reyes y sus dioses antiguos, y
los pinta rodeados de aquella suma de
bienes que cada naci6n conceptúa de-
cir mejor con las costumbres patrias
y con la idea que de la bienaventuranza
el vulgo se formaba. Creen á Adán y
Eva, ya seres endiosados y purísimos,
ya perversos y facinerosos, y hácenles
representar contrarias partes en diver-
sas coyunturas. Adán y Eva son el
Meschía y la Meschiana para los per-
sas; Osiris é Isis, para los egipcios;
Odin y Frigga, para los germanos;
Prometeo y Pandora, para los griegos;
Brama y Casiapa, para los indios; pu-
diendo en cifra decirse con el erudito
Luken, que «en todos los mitos que se
refieren al paraíso, resplandece un sim-
bolismo tan lleno de majestad y gran-
deza, que bien demuestra cuán honda-
mente se arraigó en la memoria de los
hombres, desde el principio, la lucha
primera entre el bien y el mal».

Pero lo que con más estudio convie-
ne considerar es que estas tradiciones
no pueden haber procedido ni traído
su origen sino de una fuente única ver-
dadera. Porque, ¿dónde podían las
gentes aprender la noticia de aquel
colmo de bienes que en su paraíso in-
troducían? De la propia experiencia no
pudo ser; harto notoria cosa es á todas
las generaciones, desde que hay hom-
bres, que no han dejado de cargar so-
bre la misera humanidad continuadas
discordias, innumerables enfermedades,
torpísimos errores, pasiones sin freno,
codicias desapoderadas, afanes por
adquirir, temores en conservar, con-
gojas sin cuento en el uso de los bienes
de la tierra, derogaci6n absoluta y ge-
neral de todos aquellos deleites que
cada naci6n contemplaba reunidos en
la holganza del Edén. No podía ser más

1 *Les traditions de l'humanité*, t. 1, l. 1, chap. iv.—
GAINNEY: *La Bible sans la Bible*, t. 1, chap. ii.

antojadiza tal cumbre de felicidad: aun
soñada, fuera delirio. Pues ¿cómo pu-
dieron bárbaros y civilizados dar en-
trada en sus ánimos á la edad de oro y
celebrarla con tales loores? Especial-
mente que, aunque los pueblos anti-
guos no viviesen trabados entre sí con
los lazos del comercio que hiciera co-
munes los intereses, y pasasen de unos
en otros las memorias nacionales, cada
pueblo se complacía en vestir sus
creencias con ropajes cortados al talle
de sus aficiones, dejándonos entrever,
al través de las galas de su fantasía,
el cuerpo desnudo de la purísima ver-
dad. Si, pues, sin revelaci6n ó sin en-
señanza de padres á hijos no hubieran
dado los hombres en fantasear una paz
tan apartada de las penalidades y mi-
serias presentes, lícito es concluir que
una tradici6n difundida por todo el
orbe demuestra bastantísimamente y
con toda evidencia atestigüa haber si-
do el hombre en la aurora de su vida
colocado en un paraíso de felicidad por
la mano de su Criador.

Contra esta verdad, aclamada por
tantas voces de siglos, levantan las
suyas los racionalistas, oponiendo sus
baladronadas. «En la Biblia, clama
Hegel, se habla de un paraíso; mu-
chos pueblos de la antigüedad ven su
paraíso, y de él se lastiman como de
cosa perdida. Demos á esta idea el va-
lor que se merece. Esa uni6n del hom-
bre con Dios, la racionalidad, la espi-
ritualidad, son la esencia del hombre,
sin duda; pero la idea y la esencia no
son ningún estado aislado y subsisten-
te aparte, sino que son fundamento á
la multitud de estados que se suceden
y pasan. Pero los hombres, al querer
representar lo que es puro concepto y
pura esencia, ordinariamente se en-
gañan tomándolo por cosa subsistente
y realmente concreta, y confunden lo
eterno del ideal con el torbellino de lo
real y perecedero. Así se explica la
ciencia perfecta que se quiere atribuir

á los primeros hombres acerca de Dios
y de las cosas divinas. No hay más en
ello que una desvariada ilusi6n. Lo
mismo diremos de esa alta perfecci6n
moral que el hombre diz que poseyó
en el llamado estado de inocencia. La
verdad es que el primer estado de la
voluntad, no es tanto estado de ino-
cencia como estado de codicias, de
brutalidades, de salvajeza... El bien...
y la virtud son frutos del progreso. ¿
¿Qué progreso es este que tanto exal-
tan los racionalistas? Un progreso que
no para, un adelantar sin término, un
correr sin saber adónde, un moverse
sin hacer pie ni hallar quietud ni repo-
so: ¿quién lo entiende, quién lo aprue-
ba? Procuran con artificios, á fin de
engañar sus penas, pregonar el pro-
greso indefinido, que comenzando por
el hombre salvaje, le perfeccione por
grados, sin más causa que el desarro-
llo de las fuerzas naturales; y esta es
la verdad histórica, si á sus embustes
damos fe; la perfecci6n primitiva es
alucinaci6n mental.

Pero mal que les pese, la voz de
la humanidad entera los dejan por
vanos é ilusos. Todo el resto de los
hombres profesa un estado primitivo
de solaz y bienandanza; no lo pueden
ellos negar. ¿Osarán negar la realidad
y substancia de tales aspiraciones?
¿Qué les iba á los pueblos en levantar
sobre las estrellas á los primeros hom-
bres del mundo? Al contrario, en cosa
que tanto importaba, como era el no
engañarse sobre la verdad de su ori-
gen, tantos pueblos de consuno nunca
hubieran seguido las tinieblas por la
luz, ni soñado en diferentes visiones
la substancia de un mismo pensamien-
to. Mas, ¿qué digo? ¿No es acaso his-
tórico este punto? Históricos, pues,
han de ser los documentos que se ale-
gan para su prueba; y son, en efecto,
documentos históricos las venerandas

1 *Religions philos.*, 1, p. 190.

1 *Arte del idioma mejicano*: 1973.

2 *Storia della terra*, p. II, capo II.

3 *Crónica angustiniana del Perú*, del M. Rdo. Pa-
dre M. Fr. Antonio de Calancha, lib. II, cap. II.

4 *Memorias de la América Meridional*, art. xxii.

5 *Estudios críticos*, 1889, parte segunda. Apén-
dice V, p. 224.

voces de las teogonías, cuyo rastro se pierde en las tinieblas de la antigüedad: ni son más eficaces las pruebas que los racionalistas alegan para hacernos creíbles sus invenciones. «Si esta universal tradición de los pueblos, dice á este propósito el sabio Hettlinger, es un mero capricho del amor propio que se lisonjea á sí mismo, ¿cómo los hombres tienen valor para llamarse hijos de pecado, herederos de la antigua prevaricación? ¿Por qué motivo no se han ufano de haber hecho progresos en la civilización á costa de su ingenio y actividad?»

No sufre la presente ocasión que quede sin censura un libro español, poco ha citado, que por lo vano, indigesto y atrevido de sus ideas no merecería ser nombrado, si no pudiese á la vista los escollos en que caen aquellos hombres, que por ambiciosos pretensión se aficianan á escritos de autores enemigos de nuestra religión sacrosanta. ¡Y cuántos papeles no vemos publicados sin más mérito que la audacia de los yerros que propalan! El autor intenta, al parecer, ridiculizar á todo trance el estado feliz de nuestros primeros padres. Á trueque de conseguirlo, no repara en vender por verdades inconcusas las que ni honra alcanzan de hipótesis verosímiles. «La ley natural de la evolución, cuyo carácter de universalidad está demostrado en el mero hecho de ser natural», — «El monosilabismo ha de ser el primer medio que los hombres tuvieron de comunicarse».

Tomando estas dos bases, la evolución y el monosilabismo, cuya verdad nadie ha demostrado hasta el presente, échase el autor á dormir, y sácase de la cabeza este gracioso sueño. «Por primera vez á un individuo de una familia de la edad de piedra se le ocurre co-

ger una vasija, llenarla de agua, y aproximarla al fuego. Al poco rato la familia sentada en el hogar siente un ligero rumor que sale del fondo de la olla (olla, vasija, puchero, caldera, son aquí imperdonables anacronismos en la pluma de un evolucionista, y graves insultos á la escuela prehistórica); el ruido crece, se aproximan todos..., el agua está en movimiento, el agua hierve, el agua vive. ¿Es, pues, un ser animado? La familia se contempla atónita... El agua en tanto sigue murmurando su *ber, ber, ber, ber*».

Hecho pie en este *ber* y en otro *ha* que más adelante le saldrá al paso, pretende el autor llegar al origen del lenguaje. Pero antes vasesbrando sus páginas con estos rasgos de audacia racionalística. «La religión y la mitología son contemporáneas de la razón humana» — «La religión y el culto surgieron lógicamente y espontáneamente del discurso humano en presencia de la naturaleza animada» — «Para crear el mito en toda su sencillez, se necesitaba un cerebro virgen, sin idea religiosa anterior, sin noticia de ley, sin prejuicio alguno, como debió estar el de los primeros hombres».

Y rompiendo en muchos puntos la valla, salta con estas manifestaciones impiedades: «Ha sido error común de todas las escuelas idealistas considerar en el espíritu humano el mismo grado de *infinitud* y *excelsitud* en todos los tiempos. Esto no podía ser menos de ser así, dado el principio dominante: el hombre perfecto en cuanto hombre desde el primer día. Algunos filólogos fueron más lejos aún, suponiendo en el principio un estado de perfección superior al actual. No es menester hacer notar la influencia que afirmaciones de tal magnitud sin otro fundamento que pruebas *a priori* ó una revelación sobrenatural, pudieron

¹ *Apol. du Christ.*, t. III, chap. vi.

² Estanislao Sánchez Calvo: *Los nombres de los dioses*, 1884. — 3 P. 22. — 4 *Ibid.*

¹ P. 121. — 2 P. 14. — 3 P. 123. — 4 P. 190.

ejercer en los sistemas» — «Es preciso, para ver claro en esta materia, abandonar esa constante preocupación del *fiat*, que persiste aún, aunque perdiendo terreno cada día, sustituida por la creencia en la ley natural de la evolución» — «El fuego era para el hombre primitivo un dios vivo que se veía nacer, desarrollarse y morir, como una criatura; hijo de Dios que se sacrificaba por salvar al género humano» — «El negro de Guinea sostrado delante de veinte mil fetiches... ejerce un acto tan agradable á Dios como el cristiano orando á los pies de un crucifijo» — «Esta adoración del diablo es general, y supone un trastorno de la inteligencia, que sin embargo se explica bien por la miseria en que viven ó pudieron vivirlos antepasados de las tribus americanas» — «En esta conformidad son otras muchas afirmaciones que el autor estampa en su libro.

Las cuales pasemos por alto, porque es cosa de ver cómo el que parece no haber en su vida saludado la Biblia, va y se mete á intérprete y asombra á los doctos, para quienes dice que escribe, con estos groseros dislates: «Jehová no figura en todo el Génesis» — «El Adán y Eva de los Thibetinos son dioses en cuerpos de monos. ¿Qué se pierde con esto? La dignidad humana queda á salvo, porque mira al cielo y se ve inmortal. ¿No dice la Biblia también que somos dioses?» — «Cuando el nacimiento de Enós — entonces, dice el Génesis (iv, 26), los hombres comenzaron á llamarse con nombres de Dios. — Esto no puede significar otra cosa sino que empezaron á distinguirse los hombres por el nombre de sus dioses, lo mismo que después se apellidaron mahometanos ó cristianos».

Después que ha corrido por todo el mundo antiguo, acompañado de filólogos racionalistas, destruyendo nom-

bres de dioses, y no viendo en ellos sino transformaciones de *Ha* y *Ber*, pregona su descubrimiento en esta forma: «No parece sino que todo el lenguaje primitivo se redujo á estos dos monosílabos sagrados *Ha-Ber*» — Y refiriendo el parecer de aquellos lingüistas que reducen á quinientas raíces los millones de vocablos aryanos, europeos y semíticos, los deja por necios y niega que pueda ser ese el lenguaje primitivo, por esta singular razón: «Tanto valdría volver otra vez al origen, directa y completamente revelado, del lenguaje. Sería caer de nuevo en el error vulgar de que los hombres empezaron por dar nombre á las personas y á las cosas» — «La primer pareja humana que rompió á hablar, no pudo tener más que una onomatopeya sola, la más natural, la más sencilla, el soplo, la respiración; con ella empezó á expresar su personalidad, sus sucesores, luego todas las otras ideas que hemos estudiado ya».

Finalmente, mostrando toda la pueril vanidad de que es el hombre capaz, remata su empresa diciendo: «Son estos dos monosílabos (*Ha-Ber*) del soplo y del calor los primeros, y sagrados sonidos de la palabra humana, y el origen de todas las mitologías, teologías, religiones y lenguas» — «Tal es la «trascendencia del descubrimiento» en gracia del cual pide el autor disculpa» á sus lectores de no haber extendido la pluma á más amplias explicaciones. La verdad sea, que al que emprenda la lectura de estos *Estudios filológicos*, cáesele el libro de las manos y se las ata el dolor quitándole el aliento para insistir en tan triste demanda. Ha parecido bien tener advertidos á los estudiosos, para que vean cuán sin rienda corre el error por nuestra pobre España á vueltas de la libertad de pensar.

¹ P. 37. — 2 P. 51. — 3 P. 194. — 4 P. 194. — 5 P. 306. — 6 P. 252. — 7 P. 224. — 8 P. 213.

¹ P. 446. — 2 P. 521. — 3 P. 523. — 4 P. 526. — 5 P. 519.

ARTÍCULO II.

Sentencias antiguas sobre la situación del paraíso.— Hipótesis de los orientalistas.—Tres sentencias modernas más aceptables.

EL paraíso terrenal es, pues, un hecho histórico irrecusable. Acerca del lugar que ocupó, no pocas son ni vulgares las plumas que se han ejercitado y disputado la palma. Para Filón y Orígenes, que pensaban debía entenderse la relación de Moisés en sentido alegórico, no hay más paraíso que el celeste; ni árboles, sino las virtudes angélicas; ni ríos, sino las aguas de la gracia; ni más frescura y amenidades que la paz de la inocencia. Muchos fueron los Padres, como tantas veces hemos dicho, que condenaron esta libertad de interpretar. San Ambrosio no anduvo muy lejos en esta parte, según parece en su libro *De Paradisso*, de la opinión de los alejandrinos, y escribiendo á Sabino¹ le asegura que el paraíso no fué lugar alguno terrestre, sino cosa espiritual é inteligible que recreaba el ánimo de Adán. Pero común fué el sentir de todos los demás Padres y escritores eclesiásticos, griegos y latinos, ser el paraíso un sitio corpóreo y terreno, aunque no derogaba su opinión á que se diese al Edén sentido figurado y místico después del obvio y natural.

Mayor fué la discordancia de pareceres en el señalar el paraje determinado donde se encerraba el paraíso. Porque los unos, Tertuliano, san Basilio, san Juan Damasceno, le creyeron puesto lejos del trato humano; san Efrén le fijó al otro lado de los mares; san Isidoro en las partes orientales; Ruperto arrimado al cielo; el Tostado entre la luna y los montes más altos; otros discurrieron otras situaciones topográficas; pero la corriente gene-

ral de los Padres y teólogos puso siempre el Edén y la cuna del linaje humano en la tierra de Armenia, aunque no declarasen determinadamente qué aledaños le limitaban.

«Algunos han pensado, dice Nieremberg, que en la isla de Ceilán estuvo el paraíso. Horta, Argensola y Ludovico Romano, lo refieren: sus naturales así están persuadidos. Nombran la cumbre de cierta sierra el pico de Adán; en ella dicen que está figurada la estampa de su pie, de dos palmas, y que lloró é hizo penitencia en aquel lugar.... El paraíso ha de caer por Mesopotamia, y no tengo por probable fuese aquella isla; no pasa por ella ni nace allí alguno de aquellos cuatro ríos.»

En estos últimos tiempos ha ocupado á muchos escritores el pensamiento de designar el lugar del paraíso en la India, en las mesetas del Himalaya. El racionalista Renan ha sido uno de los más aferrados á este capricho, como quien de su desempeño pensaba sacar en limpio que las razas indias eran anteriores á las semíticas, y por ahí marchitar el vigor de la narración de Moisés². Para dar algún esfuerzo á su invención, de los cuatro ríos nombrados por Moisés, el Tigris, el Eufrates, Gehon y el Phison; los dos primeros, cuyos nombres son harto conocidos y fáciles de determinar en la geografía antigua, pretendió Renan que habían sido adulterados por los que copiaron el Génesis, y que sólo el Gehon y Phison merecen ser tenidos por ríos de auténtico renombre. Cuán fútiles eran y sin peso las razones en que apoyaba su dicho, lo entenderá luego quienquiera que sepa leer: con todo eso, como quien cobra más ánimo en la dificultad, rompiendo por el Asia pasaba muy adentro sin miedo y buscaba en los rincones de la India

¹ *Curiosa philosophia*, l. 1, cap. xxxv.

² *Hist. des langues sémitiques*, p. 470.

¹ Epist. xlii.

Oriental cuatro ríos que vinieran á juntarse en uno, y allí ni más ni menos asentó el embeleco de su paraíso. Lo que no se puede fácilmente entender es cómo el católico Francisco Lenormant se arrojó á seguir las pisadas de este impío, fijando también en el centro del Asia el nacimiento del humano linaje³. Que Quatrefages, que no es católico, quisiese apoyar con sus razones la teoría de Lenormant⁴, bien se explica, viendo cuán suelto anda por el mundo el espíritu de ilusión; mas con todo, Quatrefages, al abonar esta opinión, sólo intenta y quiere que el hombre sea de origen asiático, sin que pueda determinarse en qué paraje vió la primera luz. Pero Lenormant se despeña en discursos para demostrar que la meseta de Pamir en la India fué cabalmente el lugar del paraíso bíblico. «Admito, dice, que la tradición ponga el Edén en Babilonia y en la Caldea; así se explicaría el texto del Génesis; pero esa situación fué el resultado de haber corrido y pasado á la Armenia la memoria que venía de países más orientales.... En el llano de Pamir tuvo lugar y se verificó originariamente la relación bíblica sobre el jardín del Edén.» Vea quien quisiere la refutación de esta sentencia en los artículos llenos de erudición que el P. J. Van den Gheyn publicó, en 1883, en la *Revista de las cuestiones científicas*; y de camino se verán deshechas las cavilaciones de Herder que ponía el Edén en Kashmir, de Wellhausen que le situaba más al Oriente, y de Bertheau que le buscó más al Norte en los confines del Asia.

Leyendo con mediana atención el relato de Moisés, se echa luego de ver que los cuatro ríos del paraíso, pro-

vieniendo de un origen común, no era posible que distasen entre sí muchos centenares de leguas, y que por lo tanto el Phison y el Gehon han de hallarse en la tierra por donde corren el Tigris y el Eufrates. Ésta manera de considerar la parte topográfica de la relación bíblica, ha dado lugar á tres sentencias, que concuerdan cuanto á la región, pero no cuanto al sitio. La primera asienta el paraíso al Norte de la Armenia junto al origen del Eufrates; la segunda, en la llanura de Babilonia; la tercera, mas al Sur, en el golfo pérsico, hacia la embocadura del Eufrates.

La primera opinión, que pone el paraíso en Armenia, tiene en su favor el Tigris y el Eufrates, que en aquellas cercanías nacen y corren. El Gehon sería el Araxes que al mar Caspio lleva sus aguas. El Phison podría ser el Fasis que desemboca en el mar Negro, viniendo del Cáucaso; ó si no el Kur, que junto con el Araxes se precipita en el mar Caspio. Mas dice el Génesis que «el Phison rodeaba la tierra de Hevilath», y que «el Gehon regaba toda la Etiopia». Fillion en su nuevo Atlas parece identificar la Cólquide con Hevilath, sin bastante motivo; y menor le hay para situar la Etiopia en el curso del Fasis ó del Kur; y ni el Fasis se aproxima á los grandes ríos Tigris y Eufrates; antes los cuatro son vistos nacer de fuentes muy distantes entre sí. El comentador Calmet siguió esta opinión, que era la de muchos Doctores teólogos: pero está llena de escabrosidades. Otros tomaron diferentes veredas. El P. Harduino puso el Edén en la Palestina, junto al lago de Genesaret: Le Clerc cerca de los montes Líbano, Antilibano y Damasco: pero dónde en semejantes sitios corren cuatro ríos que rieguen el paraíso?

¹ *Les origines de l'Hist.*, t. II, p. 40.—*Hist. ancienne de l'Orient*, t. I.

² *L'unité de l'espèce humaine*, l. IV, chap. xv.

³ *Hist. ancienne de l'Orient*, t. I, l. I, chap. II, § 5.

⁴ A 20 de Julio y 20 de Abril.

1 II, 11.—II, 13.

Por esta causa, muchos escritores, considerando que el Phison, el Gehon, el Tigris y el Eufrates tienen al presente sus fuentes originales á gran distancia unos de otros, han imaginado que no serían ahora sino arroyos ó riachuelos los llamados ríos por la Escritura. Conforme á esto buscan en la tierra de Jerusalén el lugar del paraíso; donde hallamos cuatro arroyos ó torrentes que desembocan dos en el Mediterráneo y dos en el Jordán y Mar Muerto; y nacen todos casi en un mismo punto. En este supuesto, el paraíso terrenal habría caído en la región que actualmente es la ciudad de Jerusalén¹; lo que es ahora huerto de Getsemani sería el teatro de la ruina del primer hombre; el árbol de la cruz se habría plantado donde se plantó el árbol de la ciencia del bien y del mal; y, en fin, nuestro divino Salvador hubiera sido con su pasión y muerte desandando en los mismos lugares los pasos por donde el primer hombre perdió con su pecado á toda la humanidad. Ni sería leve prueba de esta conjetura aquella opinión recibida de grandes autores, que en el Calvario estaba enterrado el cuerpo de Adán². En un opúsculo publicado por M. W. Henderson puede verse la exposición de este dictamen³.

La segunda opinión sigue el erudito Enrique Rawlinson, pretendiendo que el Edén debe asentarse en la tierra de Eridu, en Babilonia, á la cual los himnos caldeos cantan loores por su gran fecundidad y singular hermosura. El Gehon sería entonces el Juha que baña la ciudad de Eridu, el Phison el riachuelo Ufe, y los otros dos ríos Tigris y Eufrates que corren por la llanura de Babilonia. Casi yendo por el mismo

¹ MOISÉS: *Les splend. de la foi*, t. III, chap. XI.

² ORIGEN: tract. 33 in *Math.*—S. CYRIL: *Serm. de Ressur.*—S. AMBROSIO: l. X, in *Luc.*—AVOUST.: *Serm.* 71.—S. CYPRIANO: hom. 84 in Jo.

³ *Essay on the identity of the scene of man's creation, full and redemption.*

camino el crítico Delitzsch pensó que los babilonios habían señalado al Edén su propia ciudad y que la narración bíblica seguía puntualmente la misma situación, cual si el relato de Moisés dependiese de la historia babilónica. El Tigris y el Eufrates no ofrecen dificultad. El Gehon será un canal que rodea la ciudad y se llamó Kahan ó Guhan aproximadamente. El Phison podría ser otro canal, que tomó la denominación común, pues que canal es *pisan*. Á Lenormant no le pareció inverosímil esta explicación; mas porfiaba que la tradición de los babilonios se debía á pueblos salidos del Este del Indostán, donde entre los ríos Indo (Phison), Tarim (Tigris), Iaxarte (Eufrates) y Oxus (Gehon), quería que se diese cabida al paraíso.

Las dificultades que este sistema presenta son estas. La sagrada Escritura llama Sennaar la llanura de Babilonia, no Edén, así como tampoco la llaman Edén los documentos babilónicos. Además, el Gehon y el Phison en lenguaje de la Biblia no son canales, sino ríos de caudalosa corriente. En fin, en vez de un brazo de agua que entra en el jardín para regarle y luego se divide en cuatro ramas por caminos diferentes, tenemos al revés en Babilonia cuatro brazos que entran en Ganduniasch para confluír en uno, y salen después unidos formando un solo caudal. Otros reparos se les notaron ya á los sabios Huet y Bochart cuando propusieron este sistema de orientación.

La tercera sentencia coloca el paraíso á orillas del golfo pérsico, donde el Eufrates descarga sus ondas: los otros tres ríos son aquí dificultosos de señalar. Dawson, presidente de la asociación británica¹ imagina que el Phison será el Karun actual, y el Gehon el Kercha. Empero, según los últimos estudios topográficos, el Kercha, y no

¹ *The Expositor*, march 1887, p. 201.

el Karun, es quien recorre el Luristan (Hevilath), cuando el Génesis declara todo lo contrario. Además, advierte *La Civiltà Cattolica*¹, que no podía el Edén hallarse entre el Schatt-el-Arab y el golfo pérsico, como quiere Dawson, porque esta región es moderna, y en tiempo de Moisés estaba sumida en las aguas. Otros lo niegan del todo². Sea de esto lo que fuere, el sistema de Dawson, defendido por el docto Dessailly³, sería admisible si la Sagrada Escritura no dijese claramente que «el río salía del Edén, y se repartía en cuatro cabezas⁴», dando á entender que el paraíso estaba situado sobre la corriente de los cuatro ríos, y no en la parte inferior, como quiere este sistema.

Estas tres opiniones, que van expuestas, «ya que no resuelvan de lleno la cuestión, sirven siquiera para limitar el campo de las dudas, excluyendo las extrañas hipótesis orientales, oceánicas ó ultraoceánicas, para llamarnos hacia aquella región que fué siempre reputada por cuna del humano linaje⁵». No es mucho que falten documentos y razones para definir la situación topográfica del paraíso terrenal: tal vez sea esta una de aquellas cosas que ha querido el Señor tener escondidas á la curiosidad de los mortales, como decía san Agustín⁶. El querubín parece estar aún defendiendo, espada en mano, el acceso de este Santo lugar.

Finalmente: entre las memorables extravagancias de nuestra edad, queremos citar la invención de Federico Daumer. Puso el Edén bíblico en la Australia. De allí emigraron los pri-

meros hombres á las Américas, y por el estrecho de Behring, superando grandes dificultades, pasaron á Europa y poblaron el Asia. Este viaje, decía el novelero, se cuenta en el libro de los *Números*. Tan obscurecido y embotado tenía el juicio, que estimaba éste su sistema de etnografía tan importante para la historia como el de Copérnico para la astronomía⁷. Daumer, cansado de quebrar lanzas contra el catolicismo, dando de mano á sus impiedades, entró de corazón en el gremio de la Iglesia santa, muriendo ferrosamente católico en 1875.

La más probable hipótesis de las dichas es la que asienta el paraíso en Armenia. Pero aunque sea imposible señalar el sitio por haber trabucado la superficie terrestre tantas revueltas y cataclismos, no nos es lícito tomar color de esa imposibilidad para acusar la relación mosaica. Ignorando, como ignoramos, del todo la geografía de aquellos tiempos, nadie tiene licencia para calumniar. Basta que algún sistema pueda verificar la letra, para que les salga á los críticos en vacío y burrada su pretensión.

ARTÍCULO III.

Adán y Eva, enriquecidos con la prerrogativa de la inmortalidad. — Este don se compadecía bien con lo caduco del cuerpo humano por la virtud del árbol de la vida. — Memorias antiguas de este árbol singular. — El macrocosmos de la fabula.

El existencia del paraíso terrenal y la bienaventurada vida del primer hombre nos apremian á exponer con qué prerrogativas enriqueció Dios esta obra de sus manos. Tales, cierto, debieron ser ellas cuales convenían al estado de inocencia en que fueron criados los primeros hombres del mundo, cuya felicidad había de florecer de los dones que tan-

¹ *Serie* xvi, vol. viii, p. 489, 1890.

² *La Controverse*, 1887, t. xi, p. 160.

³ *De l'emplacement du paradis terrestre.*—*Revue du monde catholique*, 1890.

⁴ II, 10.

⁵ *La Civiltà Cattolica*, 1890, vol. viii, p. 489.

⁶ *De Genes. ad litt.*, l. viii, cap. vi.

⁷ *Vicoireux: La Bible*, 1879, t. i, p. 76.

to en su cuerpo como en su ánimo el Señor atesorase.

Sea la primera la inmortalidad tocante al cuerpo; no aquella inmortalidad intrínseca y esencial propia de Dios, ni aquella que es incorrupción substancial concedida á los espíritus, ni aquella sobrenatural y perfecta con que serán revestidos los cuerpos glorificados, sino una inmortalidad de inferior jaez, que era sólo facultad de no morir ó el poder de vivir eternamente. Hubiera el hombre quedado con vida por siempre, á no haber caído en la culpa; no por condición natural de su organismo, de suyo frágil y caduco, sino por insigne largueza de Dios, que le había prevenido con todos los remedios contra los males que pudieran contrariar su existencia.

Claramente se colige de la santa Escritura el don de inmortalidad. Amenazó el Señor á Adán con la muerte el día que osara comer del árbol vedado¹; y que lo entendiese de muerte corporal, lo declaran los santos Padres en este lugar: entre ellos, san Agustín, dice así: «Los que piensan que Adán fué formado de suerte que debía morir sin haber pecado, no por pena de culpa, sino por necesidad de su condición, se esfuerzan en referir aquel dicho, *Morietis el día que comieris*, á la muerte del alma y no á la del cuerpo. Mas de esta suerte mueren los infieles, de quienes se dice: *deja que los muertos entierren á sus muertos*. ¿Qué dirán, pues, á estas palabras, *terra est et in terram ibis*, intimadas al primer hombre después del pecado?» Aquí enseña el glorioso Doctor que Dios primero arredró al hombre con el temor de la muerte, y á ella, después de pecar, irremisiblemente le condenó: y fuera de ninguna eficacia su amenaza si después le hubiese perdonado toda la pena conmi-

¹ Gen. II, 17.

² De peccator. merit., l. 1, cap. II.

nada. El cardenal Belarmino entiende por muerte de la del alma y la del cuerpo juntamente, «como quiera que la inmortalidad del cuerpo, dice, dependiese y naciese de la vida del alma, es decir, de la gracia de Dios y su amistad.» Y aun siguiendo á san Agustín, añade, tres muertes podemos aquí entender, causa la una de las otras: muerte del alma por el pecado, muerte del cuerpo por la del alma, muerte última por pérdida de la gloria¹.

Siguese, pues, que en la sentencia bíblica se contiene la privación de la vida corporal junto con la espiritual, caso de arrojarse Adán á quebrantar el mandamiento divino; y, por consiguiente, la conservación de la vida y la floreciente inmortalidad, si guardaran ambos la divina ley, pues por estos extremos corre la misma razón. En otros muchos lugares parece clara esta gran verdad. «Por el pecado entró la muerte en el mundo»; por causa del pecado el cuerpo murió²; por un hombre la muerte, y por otro la resurrección de los muertos³; no hizo la muerte Dios, ni se deleita en perder á los vivos⁴. Estas escrituras tienen la muerte por pena del pecado, que es muerte del alma; y dicen que poseía el hombre privilegio de la inmortalidad, cuando se le avisaba para que no se pusiera á peligro de verse privado de ella.

Mas ¿cómo teniendo Adán cuerpo corruptible y de la misma masa que los nuestros, podía ser inmortal? ¿No debía sustentarse é incorporar en sí materias extrañas en orden á su conservación? Para aclarar este enigma, debemos saber que en el vegetal de un miembro concurren tres condiciones: la primera es, que el oxígeno penetre y se mezcle en la sangre; la segunda, que los alimentos nutritivos lleguen

¹ De gratia primi hom., cap. VIII.

² Rom., v, 12. — ³ Rom., VIII, 10. — ⁴ I Cor., XV, 21. — ⁵ Sapient., I, 13.

debidamente á los órganos; la tercera, que los miembros conserven su conveniente organización. Como la sangre vaya recibiendo y transportando el oxígeno, y acarreado las substancias alimenticias, los tejidos no dejarán de hacer su oficio, la combustión se cumplirá en el fondo de los órganos, y la vida reparará sus quiebras por momentos; por el contrario, si la sangre no se provee de glóbulos bastantes, si los gases escasean, si el licor vital interrumpe su curso, si la circulación se debilita, los aparatos estarán mal servidos, los miembros perderán las fuerzas, el organismo desmayará y morirá por partes, y, ó el pulmón se estragará y corromperá, ó el bulbo raquídeo se embotará, ó el corazón cansado parará; y aquí no hay por qué confiar, sino que venga la muerte á más andar, y acabe con la vida del hombre. Pocos son los casos de muerte sin lesión patológica; casi todos los que mueren pierden la vida á manos de algún desorden orgánico.

Adán era mortal naturalmente, y estaba sujeto á las leyes fisiológicas de todo ser organizado; de lo contrario, el morir fuera cosa de milagro. Si le fuera natural la inmortalidad, no se la habría robado la culpa, como no le robó ningún bien físico, ni los ángeles soberbios vinieron á perder por su rebeldía sus nativas excelencias; y pues de la inmortalidad quedó privado, señal es que de su propia condición no le competía tenerla; luego era mortal y perecedero por naturaleza. Confírmalo san Agustín, diciendo: «Adán, por la índole de su cuerpo, era mortal; y era inmortal por merced del Criador, pues que podía no morir: una cosa es no poder morir; y en esa inmortalidad crió Dios algunas naturalezas; otra cosa es poder no morir, y en ésta fué criado Adán.» Para quien considera el tem-

¹ De Gen. ad litt., l. VII, cap. XXV.

peramento físico de un cuerpo, está claro que el suyo se veía expuesto á las causas extrínsecas que producen en los nuestros enfermedades, estorbo de funciones vitales, destrucción de miembros; y también estaba sujeto á las causas intrínsecas, que poco á poco consumen los órganos, enflaquecen las partes principales, disuelven los tejidos, meten á saco el alcázar de la vida, y le señorean hasta que, apoderada la muerte de los puntos principales, hácese el cuerpo morada inútil del alma.

Pero en concediendo Dios á Adán y Eva la prerrogativa de la inmortalidad, se determinó á mantener siempre vigorosa la organización de sus cuerpos, conservándolos en un ser, por manera que la nutrición tuviese cada día su efecto, la sangre abastecida de glóbulos corriese sin tropiezo á restaurar los brios gastados, y los tejidos se remozasen, y las membranas no se marchitasen, y los huesos se fortaleciesen, y los órganos no perdiesen un punto de su entereza, y la vida fuese adelante sin menoscabo atajando los pasos de la muerte, y durando con soberanía al par de los siglos de Dios. Á tan portentoso efecto contribuyó el Señor con la merced de sus milagros, ó, para hablar con más propiedad, introduciendo en el gobierno de la especie humana una extraordinaria providencia que de continuo velase por la perennidad de la vida. No habría resplandecido menos la solicitud del Señor en apartar las causas exteriores de ruina, como no se hubiese perdido por ellos el hacerse merecedores de tanta gracia. Porque si hubieran de su voluntad amado los peligros, ó metiéndose en lazos temerosos, ó púestose á pique de tragar la muerte, ó llamádose con sus excesos, no es dable negar que habrían entonces experimentado los fatales efectos de su negligencia ó de su alevosa temeridad. Veíanse

por su parte obligados á sustentar la vida y á no tentar á Dios con culpables atropellos; y Dios por la suya atendía cuidadoso á quitar la fuerza á las causas que en nosotros producen destemplanza de humores sin estar en nuestra mano, y á que se hiciese fácil y por entero la asimilación y la nutrición, que sin milagro no podían perpetuarse.

Á este prodigio podía ayudar maravillosamente el árbol de la vida. Porque dice san Agustín que «el árbol de la vida servía para que la vejez no empiecese al hombre... Porque su cuerpo no era de tal hechura que fuese imposible disolverse; pero el árbol de la vida con su fruto contraminaba la corrupción corporal». Esta salutifera planta comunicaba vigor á los miembros y restituía su gallardía á las partes gastadas, siendo el único medicamento confortativo que engendraba salud en todo el hombre. Tenía, cierto, en su mano todos los árboles del paraíso y licencia para de ellos comer¹; y, en efecto, la facilidad de elegir, lo sabroso y rico de los manjares, el temple del ambiente, aquel «ningún calor, ningún frío, ninguna congoja» de san Agustín², todo hacía que ni la pesadumbre le diese amargura, ni el cansancio le fatigase, ni el sueño le fuese gravoso, ni el trabajo le acrecentase pesares, ni alguna enfermedad poco á poco se cuajase; pero á la virtud portentosa del árbol de la vida debía Adán aquel su descanso y bienestar, su sanidad y contento³. Bien será notar aquí que si los bienaventurados Basilio⁴ y Ambrosio⁵ dijeron que la rosa carecía de espinas en el estado de la inocencia,

¹ De Civ. Dei, l. xv, cap. vi; De peccat. merit., l. 1.

² Gen., II, 16.

³ De Civit. Dei, lib. xiv, cap. xxvi.

⁴ SUÁREZ: De op. sex dier., l. III, cap. xv.

⁵ In Hexam., hom. v, Hom. de Paradiso; Epistola 149; Orat. III de Peccato.

⁶ Hexamer., lib. III, cap. xi.

y que el haberlas tenido después fué efecto del pecado, han de entenderse en sentido espiritual y moral, en cuanto que á la hermosura y delicia de aquella dichosa edad sucedieron los cuidados y miserias de la presente.

Aquí es donde otra vez alzan la voz con nuevos alientos las tradiciones de los pueblos antiguos, y nos hablan del árbol de la vida con asombrosa uniformidad. Los chinos dicen que Saquía alcanzó la bienaventuranza contemplando el árbol Peito; los indios llaman *homa* el árbol que daba eterno ser á los que de él se alimentaban; los griegos cantaban la ambrosía que comían los dioses y el néctar que bebían, y que los tornaban inmortales; los persas apellidaban *homa* al árbol que rejuvenecía á los hombres; los japoneses, los mongoles, los mejicanos daban cabida al árbol sagrado en sus monumentos, como si nos quisieran declarar que «este árbol es sin disputa un emblema de los más sublimes de la religión». Siempre va acompañado de personajes principales que indican su excelencia: ya figuras regias posttradas en el suelo le veneran, ya genios alados le custodian reverentes, unas veces la imagen simbólica de Dios señorea las ramas, otras le rodean las siete estrellas de la osa mayor. «Tenemos delante de nuestros ojos uno de los más importantes sucesos de la historia humana; tanto más misterioso cuanto más certificado por los anales de todas las gentes, y archivado en la memoria de todos los pueblos...; un árbol que con su fruto daba la vida. ¡Qué texto tan terrible á las ironías del filosofismo, á los desdenes de la incredulidad!»

¿La virtud le fué á este árbol natural ó sobrenaturalmente concedida? San Agustín y san Buenaventura pensaron que una eficacia que regalase los sen-

¹ VIGOUROUX: La Bible, l. I, chap. III.

² DARRAS: Hist. de l'Église, l'ép., chap. III.

tidos, reparase las fuerzas, dilatase los años, y confortase milagrosamente la vida, no podía ser natural. Lo contrario discurrió santo Tomás y Hugo de san Victor con otros muchos Doctores teólogos. «Lo que más á mí persuade es no haber necesidad de fingir sobrenaturalidad. Fuerzas bastantes habría en la naturaleza para aquel efecto, que no era hacer inmortales eternamente, sino alargar la vida hasta determinado espacio, sería por lo menos hasta más de diez mil años... Pero antes de llegar los justos, se traspasarían desapareciéndose como Henoc y Elias, y en cuerpo y alma serían arrebatados al cielo». Así nuestro P. Juan Eusebio Nieremberg. Mas nadie piense que la virtud de eternizar los días pendiese de sola esta riquísima fruta; más bien debe atribuirse á la graciosa disposición y voluntad de Dios, que había colmado al hombre con la riqueza de este sobrepujante don, no necesario á su integridad ni debido á su naturaleza. Muy mal y siniestramente discurren aquellos autores descontentadizos que hacen al hombre ser monstruoso y de peor condición en la actualidad de lo que pide su propia índole: como si los atributos de la naturaleza humana pidieran inmortalidad, impassibilidad y los colmos de tan raras excelencias.

Rastréese ahora cuál sería la condición de aquellos cuerpos. «No hay máquina de reloj tan fuerte, tan perfecta, tan constante, que nos dé suficiente idea de la fortaleza y solidez de aquellos cuerpos, y del singular movimiento de los líquidos que por ellos circulaban. Esta concertada consonancia de las partes debía causar buena disposición en el temperamento, de suerte que los humores que inclinan á ira, á tristeza, gozo, no podían turbar con excesos la dicha de aquella tran-

quilidad. Mucho menos tenían lugar los desórdenes de la gula y otras pasiones corporales; ningún motivo había dentro del hombre que desconcertase sus humores. Á estas prerrogativas añádate la perfecta hechura del cuerpo y la bella proporción de sus miembros, en figura, grandeza y demás accidentes que á la hermosura acompañan». Los talmudistas y mahometanos imaginan á Adán de estatura colosal, y aun le pintan desahogado gigante, con esta diferencia, que los talmudistas le fingen grandioso cuanto va de Oriente á Poniente, y quieren que con parte de su cuerpo enriqueciese toda la creación; y los mahometanos de cada miembro de su cuerpo hacen brotar diversos órdenes de seres. El hombre macrocosmos fué creación muy vulgar y recibida por los chinos, egipcios y otras gentes, que hacían derivar de él metales, plantas, ríos, mares y estrellas. Esta imaginación, parto de la fantasía de los pueblos, tenía su fondo de verdad en Adán y Eva, padres del humano linaje; mas no prueba que tuviesen ellos cuerpos de tamaño grandeza. El Adán Cadmon de los judíos, era un ser que juntaba en sí entrambos sexos. Asimismo los pueblos orientales cuentan que el cuerpo producido por el caos era hermafrodita; puntualmente el primer hombre de los persas era varón y hembra; y por igual manera, los egipcios, indios, caldeos, fenicios, griegos, romanos, celebraron la memoria de un ser singular, padre y madre á la vez de toda la creación, naturaleza fecunda, poder sumo de la generación; y aun que pervirtieron y profanaron con feísimos ritos este venerando símbolo, mereciendo por ello la reprobación universal, no dejaron de profesar en medio de sus abominables abusos la verdad en ellos entrañada: la existen-

¹ PEREIRA: Comment. in Genes., l. IV.

² Curiosa filosofía, l. I, cap. XXXII.

³ P. HERNÁNDEZ: Storia della terra, p. II, capo III.

cia de Adán y Eva, a aquel «*masculum et feminam creavit eos*» de Moisés.

ARTÍCULO IV.

Dotes del alma: ciencia de Adán.—Rectitud de su voluntad.—Sujeción de sus apetitos á la razón.—Bienandanza de nuestros primeros padres.—Las memorias antiguas sobre la serpiente confirman maravillosamente lo dicho.

RRATANDO ahora más específicamente de los dones que recibió el primer hombre, grande fué el tesoro de conocimientos naturales que puso Dios en él así que abrió los ojos á la primera luz. Este es el sentir de los teólogos Escolásticos antiguos y modernos, fundándose en el dictamen de los santos Padres, que exponen el capítulo XVII del Eclesiástico y el VII del Eclesiástes, no tan sólo de la ciencia sobrenatural, mas también de la natural. Porque á la manera que Dios crió los animales enriquecidos de aquellas propiedades que convenían á la condición de sus especies, y así como puso en los propios cuerpos de Adán y Eva firmeza y gallardía, y los ornó con la gracia de la inmortalidad; no es menos de creer que infundiese en sus entendimientos aquella sabiduría que á la perfección de su estado cuadraba, tanto más, cuanto que debiendo ser padres y maestros de todo el linaje humano, ya que los había hecho en edad adulta y prontos á tener luego sucesión, era muy conveniente que les diese aptitud para enseñar y gobernar con acierto la familia, y si habían de granjear con paciente estudio y á poder de experiencia el conocimiento de la verdad, muy enfadosos fueran los desengaños de la ignorancia en aquel estado de privanza con Dios. No sin razón dijo san Agustín que «... el errar no fué natural á la primera condición del hombre, sino pena del pecado».

¹ Gen., 1, 27.

¿Cuán desproporcionada hubiera sido la ignorancia, y cuántos tragos de amargura les hubiera hecho gustar, y cómo se les hubieran aguado y vertido los gozos de aquella vida, pues el deleite que de la ciencia nace es incomparablemente superior al que engendran las cosas materiales y sensibles?

Este caudal de conocimientos puede asimilarse al que adquiere un hombre con su aplicación á los libros. Porque aunque no fué adquirida la ciencia que Adán poseyó, porque Dios se la estampó en las entrañas con su dedo soberano, en el acto, sin esfuerzo del hombre; mas como fuese ciencia humana, que perfeccionaba naturalmente su ingenio, convenía en un todo con la ciencia ganada á fuerza de estudio, excepto en la paciencia que solemos gastar atesorando imágenes, enriqueciendo la memoria y acaudalando conceptos. Esta fué la obra de Dios, suplir de improviso con el soplo de su espíritu el improbo trabajo de los libros. Razón será aseverar con el Padre Suárez que, ora fuese la excelencia de su ingenio, ora el noble temperamento de su cuerpo, ya la copia y riqueza de fantasmas, ya la intensidad del hábito del saber que se le infundió, ya, en fin, por gozar de omnimoda paz en sus discursos, ello es que la sabiduría de Adán fué mucho más aventajada que la que posee el vulgo de los hombres¹.

Investigando su amplitud y extensión, no será dificultoso entender qué límites la ceñían si vamos en pos de santo Tomás, y medimos, como él, la ciencia del primer padre por la obligación que le corría de enseñar á sus descendientes. Porque «las cosas, dice el santo Doctor que ni pueden conocerse por natural estudio, ni son menester al gobierno de la vida humana, como

¹ De op. sex dier., l. III, cap. IX.

pensamientos ajenos, futuros contingentes, número de guijas que yacen en la ribera, y otras tales, no cayeron en la ciencia del primer hombre»¹. Pero es de notar que la razón dada por el Angélico Doctor para probar su conclusión, no parece de tanta fuerza que necesite el asentimiento. «No puede, dice, un hombre enseñar á otro si no posee ciencia: por esta causa el primer hombre, de tal manera fué instituido por Dios, que tuviese ciencia de todas aquellas cosas en que el hombre es capaz de ser enseñado; tales son todas las que los hombres pueden naturalmente conocer.» No apremia mucho esta razón; siendo cosa clara que bien puede un padre educar perfectamente á sus hijos, sin que deba ser docto en cosas naturales, mayormente cuando le asiste la luz de los principios morales y religiosos.

Por esta causa muchos autores limitan la ciencia perfectísima y universal, que santo Tomás da al primer hombre; y sólo le conceden la necesaria para el fin del gobierno doméstico, y para llenar el oficio de cabeza del humano linaje. No puede negarse que por divina revelación tuvo particular noticia de cosas puestas lejos de la humana enseñanza, como es la condición de los ángeles, el orden de la creación, los nombres de los animales, el curso de los astros, y otras pocas; no de manera, que nada le quedase por saber sobre las propiedades de dichas criaturas. Mas si algunas verdades naturales alcanzó por divina operación, las más de ellas hubo de sudar en saberlas, y aun del todo las ignoró, porque no volaba por los secretos de la naturaleza con tanta facilidad, que no se le encubriesen mil maravillas, que no le hacía al caso saber.

En esto la opinión del cardenal Cayetano, que juzgaba que Adán no al-

¹ l. p., q. xciv, a. 3.

canzó conocimientos de los astros, ni de los elementos, ni de los cielos, y que si impuso nombre á los animales, se los daría solamente á las aves y brutos de la tierra, no á los peces del mar, fué comúnmente abandonada por los teólogos¹; pero no puede negarse que al primer hombre le faltó de todo punto la luz para acertar con el número y con las diferencias de los individuos de todas las especies, y aun en no pocas especies de animales y vegetales se quedó á oscuras, y sin atinar lo que eran. Esto no obstante, en las cosas que sabía hallaba luces de nuevos conocimientos, y podía con los rayos de esta claridad, ejercitando el ingenio, sacar de cuestión y sombra muchas otras verdades con que subir á más perfecta noticia, ora espiondo los pasos de las especies é individuos, ora tratando por experiencia, y viendo al ojo lo que ya sabía por especulación, ya, en fin, dando luz á las tinieblas, y coligiendo por lo visible de los efectos la condición de las causas. Para graduar la sabiduría de Adán, solían los Escolásticos poner competencia con Salomón, y preguntar cuál de los dos supo más. Muchos defendían, con Pereira, la prestantia de Adán; otros, con el Tostado, se inclinaban á dar la palma á Salomón; otros, en fin, como Nieremberg, distinguiendo entre ciencia natural y ciencia política, tributaban la gloria de aquélla al primero, la de ésta al segundo².

En la cuenta de los dones recibidos inmediatamente de Dios debe entrar el habla: porque que tuviese Adán idioma infuso, con caudal de vocablos bastante para poner á cada animal aquel nombre que dijera mejor con su índole y propiedades, solamente podrá ponerlo en disputa quien negare la ciencia natural infusa, ó quien creyere que un idioma se inventa en breves

¹ PEREIRA: Comment. in Genes., l. v, disp. 1.

² Curiosa philosophia, l. II, cap. III.

días sin elementos precedentes, de lo cual va dicho arriba lo más creíble¹. Mas, no obstante que estuviere Adán prevenido con tantos auxilios para acertar, ¿pudo llegar á cegarse, á caer en imprudencias, á tocar en errores, y hallarse engañado? El P. Suárez es de sentir que, siendo el pecado enorme yerro, y pudiendo Adán pecar, aun en el paraíso, donde gozaba de plena libertad, dueño era de volver las espaldas á la luz, y dar en muchos errores; mas como caer en pecado fuera caer de la cumbre de su inocencia y dar en la ignorancia, por eso defiende Suárez que no se compadecia bien el yerro con la ciencia de Adán². Eso mismo tenía ya advertido san Agustín, cuando dijo que el error era pena del pecado, y la ignorancia ni más ni menos³.

Finalmente: aquella felicidad de nuestros primeros padres, no tan sólo exigía en el cuerpo el don de la inmortalidad, y en el entendimiento el de la ciencia infusa, pero también en la voluntad la rectitud en el bien. Si su alma fué hecha á imagen de Dios, ¿qué linaje de semejanza tuviera con el candor de aquella lumbre eterna la depravación de la humana voluntad? Cuando claman las Escrituras: «Hizo Dios al hombre recto», declaran que afianzó sus querer en un vigor positivo, que los sostenía en la senda del bien y los apartaba del abismo del mal: y consiguientemente los teólogos, con san Ambrosio y san Agustín, tienen que recibió los hábitos infusos de las virtudes morales, para obrar honestamente con facilidad en el orden natural. De la influencia de estos hábitos se recrecía á la voluntad mayor poderío para rendirse á la recta razón y contener en su oficio el apetito sensitivo: y si Dios le adornó el entendi-

miento con los atavíos de la ciencia, ¿cuánto más de creer es que le infundiese las virtudes morales que dicen tanto con la perfección del ser natural⁴!

El mayor beneficio concedido á Adán y Eva, fué la sujeción del apetito al imperio de la razón y voluntad. La lucha, que en nosotros es ordinaria é irremediable, nace de la composición de nuestro ser y de la junta estrechísima de los dos contrarios principios, cuerpo y espíritu. La parte sensitiva obra en el entendimiento, el entendimiento endereza la voluntad, ésta ejecuta sus querer, no de manera que prevenida por las potencias inferiores no se deje á veces abatir á las cosas bajas, ó no tome el partido de su libertad y alce bandera contra el dictamen de la razón. De estos dos estímulos, que agujan por la pendiente del mal, víéronse libres nuestros primeros padres desde el principio de su vida, gozando de perfecta paz, sin sentir los asaltos de la concupiscencia ni la rebeldía de las pasiones. Con hartura bebían del río de la paz sus potencias; ni las codicias prevenían la razón, ni los sentidos turbaban el sosiego de la voluntad, ni la parte inferior bullía por envolver y anegar el corazón en sus turbulentas olas. El don de la rectitud en las tres potencias superiores y la sujeción de las inferiores se acompañaba en Adán de su señorío universal sobre todos los animales, según que el mismo Criador se le comunicó con larga mano, poniendo á sus plantas toda la turba de vivientes para que con su rendimiento le sirviesen.

Enseñan esta doctrina concordemente, Belarmino⁵, Suárez⁶, Ripalda⁷, Cassini⁸, y otros por lo común; cuya

¹ CARD. MAZZELLA: *De Deo creante*, disp. iv, a. vi.

² *De Statu primis hominis*, cap. iv.

³ *De Gratia*, proleg. iv, cap. ii.

⁴ *De ente supernat.*, t. iii, disp. ix.

⁵ *De Statu nature par.*

¹ Cap. xii, art. v.

² *De op. sex diér.*, l. iii, cap. x.

³ *De lib. arbit.*, l. iii, cap. xviii.

conclusión se saca bien de la doctrina de santo Tomás. Probando el Doctor Angélico cómo en el hombre se extinguió la centella de la justicia original, dice: «Dios, al principio á la humana naturaleza sobre la condición de sus constitutivos había conferido que en la razón resplandeciese una cierta rectitud de original justicia, la cual pudiese el hombre imprimir sin resistencia en sus potencias inferiores. Por haberle dado este don graciosamente y de balde, justamente se le quitó por la ingratitud de su inobediencia; y así, pecando el primer hombre, la naturaleza humana que en él estaba, fué dejada á sí misma para que obrase conforme á la condición de sus principios¹». De cuyas palabras podemos inferir las consecuencias siguientes: el hombre de suyo viviera sujeto á la concupiscencia: si gozaba de suma quietud, y si la voluntad racional se conservaba sumisa á la disposición del Criador, y las potencias sensitivas rendidas á la razón y el cuerpo al alma, obra de Dios fué, beneficio de su mano, merced no debida, don sobre la exigencia de la humana naturaleza; ¿qué mucho que en siendo el hombre despojado de tan alto privilegio mostrase la concupiscencia sus mañas, se atreviese contra la razón, tumultuase contra ésta la voluntad, y criase bríos la libertad para nuevas maquinaciones?

De estas patentes premisas nace un argumento demostrativo. La concupiscencia le es al hombre natural, como que resulta de los dos principios que le componen; antes de apetecer debe entender, y primero que entienda la bondad de una cosa, se le ofrece ésta bajo formas sensible y grata á los sentidos; de aquí la voluntad, que ama el bien sumo, induce á la razón á que canonicé por sólido y honesto el bien sensitivo y deleitable; si la razón contiene por

la causa de la equidad, crecen los tumultos y discordias de entrambas partes y arde perpetua guerra entre la sensitiva y la racional. Luego fué menester un don particular que, como freno dulce y amoroso, tuviese á raya las potencias sensitivas, para que no tomasen armas contra la razón, y no le disputasen el imperio á vueltas de sus representaciones. El señorío sobre todas sus pasiones, era en Eva y Adán privilegio rarísimo muy diferente de la gracia habitual. En qué consistiese, lo cuestionaban los teólogos. Parece bastaba que la divina providencia á las causas capaces de encender con sus llamas el apetito sensitivo, les negase el influjo sobre el cuerpo y alma de Adán, ó que apartase de sus sentidos el encuentro de las ocasiones, ó que templase la impresión de los objetos que pudieran hacer ruido y mealla en sus racionales potencias.

Maravillosa y menudamente describe san Agustín la felicidad de los padres del linaje humano, de la manera siguiente: «Vivía el hombre en el paraíso como quería, en tanto que quería lo que Dios mandaba. Vivía gozando de Dios, con el cual bien era bueno. Vivía sin mengua ó necesidad de cosa, y así tenía en su facultad el poder vivir siempre. Abundaba la comida por que no tuviese hambre, la bebida por que no tuviese sed. Tenía á mano el árbol de la vida, porque no le menoscabase la vejez. Ni había linaje de corrupción en su cuerpo, ni por el cuerpo sentía algún género de molestia. No había enfermedad intrínseca, ni por defuera se temía de alguna herida. Gozaba de suma salud en el cuerpo, y de cumplida tranquilidad y paz en el alma. Y así como en el paraíso no reinaba frío ni calor, así en los que en él vivían no había cosa que les ofendiese la buena voluntad, por desear ó tener; no había cosa melancólica y triste, nada vanamente alegre. El ver-

¹ In ii, dist. ii, q. i, a. i.

dadero gozo se iba perpetuando con la asistencia de Dios, á quien amaban con ardiente caridad, de corazón puro, conciencia buena y fe no fingida. Y entre ambos casados se conservaba fielmente la compañía por medio del casto amor, reinando con corde vigilancia del alma y del cuerpo, y una observancia y guarda del divino precepto sin trabajo. No había cansancio que fatigase al ocio, ni sueño que oprimiese al que no quería. Donde florecía tanta comodidad en las cosas y tanta facilidad en los hombres, librenos Dios que sospechamos, que no pudieran engendrar sus hijos sin intervención del torpe apetito, sino al albedrío de la voluntad, con grande tranquilidad del alma y del cuerpo.¹ Por igual forma cuenta san Gregorio en el prólogo del tercer Salmopenitencial los bienes que Adán disfrutaba en el paraíso; ni es menos sublime el Damasceno²; en el describir aquel colmo de felicidad, superior á todo concepto y mucho más realzada que lo que fingió la poesía y superstición de los paganos.

Aquí se hace mucho más evidente, que aquella edad de oro, cantada por los antiguos poetas, y que en otro lugar tocamos³, encierra un fondo incomparable de verdad. Es tan unánime el consentimiento de los pueblos en el delinear la fortuna del Edén, que ni el mismo Renan ha podido negar la fuerza que tiene para acreditar la verdad de la edad de oro. «Este uniforme concierto, dice, descansa forzosamente en un atributo general de la humana condición, ó en alguno de sus más profundos instintos.⁴ Es cierto que el paraíso de los poetas es un paraíso muy menguado, no comparable con el del Génesis; pero nos habla tan claro el gentilismo y cosas nos dice

¹ De Civit. Dei, l. xiv, cap. xxxi.

² De Fide orthod., l. ii, cap. xi.

³ Cap. xxxix, iii.

⁴ Hist. des langues sémitiques, p. 575.

tan elocuentes, que no ha lugar poderse atribuir á invención humana el sujeto de tan vivas tradiciones. La substancia en el Génesis está resumida y autenticada, los adornos accidentales al estro de los poetas son debidos; la realidad, la Biblia nos la ofrece en toda su pureza, la poesía la engalanó, ó la ignorancia la desfiguró, ó la superstición la afeó con la profanidad de los trajes míticos⁵.

Por último, confirma cuanto en este capítulo hemos tratado la memoria de la serpiente. El Tifón fenicio es aquel dragón de cien cabezas que pretendió alzar bando contra dioses y hombres, y fué domado por Júpiter, como pintan los griegos, y arrojado en el Tártaro profundo. El Arimán de los Persas, creador de la serpiente, acomete y derriba al hombre con males físicos. También los griegos en la fábula de los ciclopes y gigantes de cien brazos representaron la arrogancia de los espíritus que se coligaron con los Titanes ó primeros hombres para guerrear contra la divinidad. Pero hablando más en particular, los lombardos veneraban las serpientes como genios domésticos, atribuyéndoles virtud para cosas prodigiosas; los germanos contemplaban las sierpes peleando en lugares subterráneos con los héroes del humano linaje; los griegos y romanos reconocían el favor de los genios tutelares en los dragones, hidras y culebras espantables, como se echa de ver en las leyendas de Cecrops, Jason, Teseo, Hércules, Mercurio y en las narraciones de Homero; en fin, los indios, chinos, babilonios, adoraban dragones y sierpes pordioses protectores, considerándolos enemigos de la humanidad. «En una palabra, dice Luken: dondequiera que pongamos los ojos hallamos la serpiente como simbolo de los genios,

⁵ BERTRAND: Dictionnaire des Religions, p. 234.

aun entre la raza negra que da nombre de sierpe al culto que les tributa⁶.

En fin, la ruina del género humano tuvo confirmación ilustre en la memoria de la serpiente, que precipitada en los abismos se hace dueña del mundo entero y de él recibe universal adoración. Descubrióse poco ha en la India un monumento búdico del siglo iv, dedicado al culto de la serpiente. En el degradado paganismo vemos las serpientes sujetas á los encantamientos de las hechiceras, y manteniendo so capa de servil oficio la realidad de su dilatado imperio. Manilio⁷, Nemesio⁸, Ovidio⁹, Tibulo¹⁰, Séneca¹¹, Lucilio¹²,

Petronio¹³, Lucano¹⁴, Virgilio¹⁵, refieren cómo las magas encantaban las serpientes y las rompían con los hechizos de su canto. Así que, en resumen, ora los mortales hayan considerado la serpiente como genio favorable, ora como adverso, siempre resulta que «el dogma de la caída de los hombres, por el mal uso que sus primeros autores hicieron del libre albedrío, es una verdad eterna que en ninguna parte resplandece con tanta claridad como en el Génesis. Ella proporciona la única solución del espantoso problema que se propone al pensamiento del hombre á todas horas, y que ninguna filosofía religiosa ha podido resolver fuera de los confines de la revelación¹⁶.

¹ Satyr.

² Phars., lib. vi.

³ Buc., eclog. viii.

⁴ LENORMANT: Hist. ancienne de l'Orient, t. i, chap. ii, § 2.

⁵ Les tradit. de l'Human., § cvii.

⁶ Lib. i.

⁷ IV, Eclog.

⁸ VII Metam.; II Am., Eleg. i.

⁹ Lib. i.

¹⁰ In sacr. Med.

¹¹ Lib. xx, Satyr.

